

El humanismo de Gertrudis Gómez de Avellaneda

Por JUAN L. MARTÍNEZ MONTALVO

Cada vez se comprende más el valor de Gertrudis Gómez de Avellaneda, pero se ha pasado por alto su humanismo. Pensamos que en una época, en la que adquiere cada vez más vigor la lucha por los derechos humanos, el poner en altorrelieve hasta donde ella los defendió, aumentará el respeto y la admiración universales sobre nuestra eximia creadora. Por ello sería bueno bosquejar su concepto de humanismo. Es sabido que, al principio, el humanismo se manifiesta como un fenómeno literario con el objetivo de redescubrir la cultura clásica de Occidente.

Con Petrarca comienza la búsqueda de manuscritos antiguos olvidados en las bibliotecas de conventos y monasterios. Recordemos la fuerza en el plano de la cultura intelectual del *Ordo Monacchorum* en el medioevo. Una centuria después se llega a conocer del mundo latino antiguo aproximadamente diez veces más de lo que se había conocido en un milenio. Asimismo el arribo a Italia de numerosos doctores de Bizancio (en especial Plethón); primero debido al concilio de Florencia (1439) y, después de la caída de Constantinopla (1453) hace resurgir en Occidente el conocimiento del griego.

Ahora bien, ninguna época toma el pasado para reproducirlo meramente. Sus necesidades, aspiraciones e ideales son otros. Así pues tomará de aquel lo que le sirve de acuerdo con sus propósitos. Para la cultura del humanismo imitar a los antiguos significa educar y formar a los nuevos seres humanos como aquellos hacían. En definitiva, la palabra *humanitas* es una traducción de sentido al latín del vocablo griego *paideia*, cuyo significado es educación.

Respecto a la Avellaneda encontramos el humanismo en una dimensión, a mi juicio, más profunda, universal y permanente. Hija como es del Iluminismo, era muy difícil que tuviese otra visión de aquel. En su obra y en su conducta hallamos, por un lado, una gran confianza en el enorme poder educativo que la filosofía, la literatura (en especial la poesía) y las artes, en general, ejercen sobre la personalidad humana. Por otro, la meta de alcanzar, de forjar un ser verdaderamente humano, y, por consiguiente totalmente diferenciado del bárbaro, alejado por completo de su condición natural. Doña Gertrudis quiso, pues, no solo un ser humano altamente instruido y de cultivada inteligencia, sino también de refinada sensibilidad. Su modelo de hombre está cerca del de Marx: ese hombre de formación omnilateral y profunda, que lógica y psicológicamente deviene *desenajenado*. Y esto último es lo más difícil de lograr en un individuo. La positiva preocupación esencial por el ser humano y el anhelo de hacerle posible una existencia plena y digna, es la prueba de su humanismo y las cualidades de este.

En tal sentido, vemos en su práctica vital un *poderoso pensamiento ético*. Así, verbigracia, lleva a cabo una defensa de la dignidad humana que recorre como un hilo de Ariadna toda su obra. Esto se halla presente lo mismo cuando pone en *Sab* a un mulato esclavo con ideas y sentimientos elevados, y una correcta dicción, que cuando presenta en *Guatimozín* a los amerindios del México antiguo como portadores de una civilización diferente, pero seres civilizados de todos modos. En todas sus producciones hay un marcado afán por defender las virtudes y condenar los vicios. Se hace patente, en fin, el deseo de proponerle a las personas modelos de conducta superiores y siempre un respeto consecuente por la condición humana.

Si nos mostramos más agudos ante los ejemplos citados de su obra, revelamos que hay también

manifestaciones estéticas -tanto bellas como sublimes- en el pensamiento y la sensibilidad de la gran criolla. Porque los pensamientos y sentimientos de excepcional abnegación y extraordinaria generosidad que Tula ubica en el espíritu de **Sab** nos obliga a detectar *lo sublime* en esta parte de su obra. Otro tanto debemos comprender en la actitud del personaje Teresa de la propia novela, así como la conducta de Cacumatzín en la novela *Guatimozín*.

Kant nos llamaba la atención sobre el hecho de que, a su juicio, lo sublime no está en el objeto o en el acontecimiento, sino en la persona que los estima, lo cual se hace muy elocuente en estos casos. Nos sentimos obligados nuevamente a develar en su patriotismo la presencia de *lo ético*, de *lo bello* y de *lo sublime*, que en no pocos momentos se muestra en sus escritos y acciones, ante todo en *Al partir*, su célebre poema escrito con motivo de su despedida de Cuba. También, se refleja lo anterior cuando le dedica a su hermano Manuel su primer drama Alfonso Munio. Entonces declaró que al dedicarle a la capital de la isla de Cuba este primer drama, cumplió su deber sagrado con su patria. Y luego añade que “hoy (escribe en 1868) le consagra todas sus producciones”. Igualmente cuando edita y dirige el *Álbum Cubano de lo Bueno y de lo Bello* realiza una tarea que se vincula a todos los beneficios ofrecidos a su pueblo durante su permanencia desde 1859 hasta 1864. No debemos pasar por alto, además, lo que Gómez de Avellaneda le dice al director de *El Siglo* cuando Fornaris quiso excluirla del *diván* cubano.



. No solo defendió su derecho a ser considerada cubana, sino que señaló que se honraba con la fraternidad de Heredia, Palma, Milanés, Plácido, Agüero, Zenea, Luisa Pérez de Zambrana,. En apoyo de lo sobredicho tenemos, por añadidura, sus poesías *A mi jilguero*, *A la muerte del célebre poeta cubano Don José María Heredia*, *Al sol...*

Descubrimos en la obra y en la vida de la Avellaneda *lo estético* en muchas de sus categorías, porque no solo notamos *lo bello* y *lo sublime*, sino otras. En sus tragedias observamos *lo trágico* - además de *lo majestuoso*, *lo heroico...*- y *lo cómico* en sus comedias, y siempre otras categorías estéticas y éticas por añadidura. Apreciamos también, hasta cierto punto, *lo culturoológico* en la obra de Tula. Se constata en la manera acuciosa, escrupulosa y muy positiva en que la insigne camagüeyana expone a las culturas del Antiguo México. Otro rasgo *ético-estético* formidable lo descubrimos en su lucha por la igualdad de la mujer. Esta fue una característica esencial tanto de la *praxis* como de la teoría de la Avellaneda. Lo cual es comprensible debido al carácter, la sensibilidad, la cultura y la inteligencia de esta cubana extraordinaria. Tula pronto se convirtió en una ardorosa feminista.

En todas sus producciones artísticas y literarias se pone a la mujer en una alta posición, se insiste en que los dones de las féminas son más cuantiosos y de mayor calidad que los de los varones. En fin, que la mujer es superior al hombre -deducción de lo que la Avellaneda pensaba, a partir de lo que mostraba y decía en sus obras. Esto último es un exceso no comprobado por las ciencias, pero es una característica típica del feminismo.

Además, su antirracismo plantea otras cualidades de su humanismo. Realmente es algo sorprendente tal posición en quien se educó y formó rodeada de esclavos -seguro también leyó escritos con estos criterios- y oyó durante toda su existencia hablar con desprecio de los amerindios, de los negros, en conclusión de los integrantes de las llamadas “razas del color”. En *Sab* y en *Guatimozín* se dan pruebas sobradas de tal rasgo humanista de la Avellaneda, pero hay más: es significativo que liberaba a sus propias esclavas, Lorenza e hija. La acción no fue fácil, pues tuvo que arrancárselas,

literalmente, a su padrastro. Más tarde, cuando le regalaron un esclavo lo manumitió y le enseñó a leer. Ante la conducta antirracista de Gertrudis Gómez de Avellaneda consideramos que su pensamiento es no solamente artístico-*imaginal* como el de todo artista -lo cual no quiere decir que el artista, que ante todo es un ser humano, no posea, asimismo, un pensamiento abstracto-lógico-, sino es además poderosamente abstracto lógico.

Por último, tenemos el amor en sus más diversas manifestaciones. Es decir, el amor de hija a sus padres, el amor de hermana -no solo, por cierto, a su favorito Manuel-, el amor de madre a su malograda Brenhilde y el amor de mujer dado plenamente a Cepeda, aunque también tuvo una pasión amorosa por Tassara, y sintió cálidos afectos por Sabater y Verdugo. Las cartas que escribió a Cepeda ponen de manifiesto la capacidad de amar que Tula tenía. No en balde, el ser humano no pudo amar siempre. Solo cuando su sensibilidad se afinó bastante y, entonces, fue capaz de sentir mucho por otro ser humano, surgió el amor. En todo tipo de expresión de este sentimiento, observamos un principio de selección y afán de ofrecer más que de recibir, de proteger más que de ser protegido. Lo anterior va unido a la actitud de comprender, de perdonar, de aceptar lo que cuando no hay amor se considera inaceptable. Toda clase de amor encierra la tendencia a la abnegación, al sacrificio, a la entrega.

Gertrudis Gómez de Avellaneda, uno de nuestros más caros genios, ha llegado hasta nuestros días con gran fuerza no solo por la calidad de una obra magna de resonancias eternas, sino porque toda su producción y, como si esto fuera poco, toda su actividad, están saturadas de un hondo y consecuente humanismo, de riquísimas cualidades ya apuntadas. Hagámonos merecedores de su regio magisterio y de sus sublimes propósitos. Es más, al otorgarle la honra de la que se hizo acreedora, es necesario ocuparse más de su pensamiento, mucho más rico y agudo de lo que se ha advertido hasta hoy.